

Punto final

Pau Rausell Köster *

Josep Lluís Seguí

La dulce
oposición

FERNANDO G. DELGADO



Enciende uno el radio al levantarse y la vitalísima Cristina Almeida pugna por la oposición unida. Abre uno el pe-

ríodico y el nuevo líder Belloch habla de la oposición perleja. Venga a empujar a Felipe para que haga oposición y el señor González no crea llegada la hora. Todos a empujarle como si no les constara que se ensimisma cuando le urgen y, en cambio, enciende los motores cuando nadie se lo exige. La oposición es él, el PSOE es él. Es verdad que el hombre se ha desconcertado al descubrir que su partido se le ha institucionalizado, se le ha burocratizado. Lo dijo la semana pasada. No hacía falta que la derecha llegara al Gobierno para darse cuenta de que es cierto lo que González nos cuenta ahora, aunque resulta comprensible que los altos designios de presidente del Gobierno le hayan impedido comprobar lo que los más humildes ciudadanos tenemos visto hace tiempo: herumbre en el PSOE. El partido era un rebaño sometido a lo que el Gobierno dijera, insinuara, hiciera, y de tanto asentir no tenía tiempo de mirar al frente. De cuando en cuando alguna peilella hacía dudar de que el PSOE fuera Felipe González, pero en seguida aparecían los rayos luminosos de su Sinal particular y allí no había más palabra que la de su jefe. O la de Ciscar en plan Moisés. Y ahora vienen las prisas, llegan en el justo momento en que Felipe González acaba de reconocer que a su partido le cuesta trabajo hacer oposición. ¿Al PSOE, a Felipe? Hay que darle tiempo al líder para desdoblarse. La dulce derrota produce un dulce sueño.

«No me gusta Sanleón»

El concepto de la creatividad en todos los ámbitos, pero especialmente en el campo de la creatividad artística, ha tendido siempre una imagen de los más arrebatadora. Si se hiciera un ranking de los atributos más apreciados de la humanidad, la creatividad aparecería sin duda entre los *top ten*. Aparecería además ligada a muchos otros situados por derecho propio en la misma lista: libertad, belleza, arte, inteligencia, originalidad, progreso y cómo no, libertad. En la historia del pensamiento es universal la presencia de la analogía entre Dios y el creador, y de hecho, el impulso de la creación tiene cierta esencia desconocida que, según las distintas corrientes filosóficas, proviene de Dios, del mundo de las ideas, del genio, de las musas, de la inspiración, del sexto sentido. El Dios creador tiene dos vertientes que presentan dos matices distintos. Tenemos el Dios creador que es capaz de producir obras que no se explican sólo como artefactos al estar impregnados de belleza, y el Dios hacedor, habilidoso en la imitación de la naturaleza y dominador de la técnica. —Esto lo pone en un excelente libro *Dictionary of the History of Ideas*, que me ha dejado José Sorribes—. El atributo de la creatividad fue capaz de originar muchas carreras profesionales, los practicantes de las múltiples artes, los técnicos y científicos. El atributo de la belleza dio juego a los críticos. Estos últimos son fundamentales para otorgar a la obra de arte un valor de cambio. Las teorías estéticas no son sólo otra actividad con un componente creativo, sino que establecen los criterios de asignación de los valores artísticos y, por tanto, aunque los que las profieren pretenden negarlo, asignan también su valor de mercado. La percepción estética —una percepción no natural— exige unos intérpretes que, en caso de ser eficientes, orientan, modifican y conforman las preferencias de los consumidores de bienes artísticos.

Como toda carrera profesional que se precie, y utilizo el verbo en su sentido más literal, es decir que obtenga un precio por su ejercicio, es necesario establecer una serie de blindajes que impida a los no iniciados entrometerse. Cuanto más sofisticadas sean las barreras de entrada, menor será la oferta y mayor el rendimiento obtenido por la actividad. Si alguien no entiende la frase anterior que consulte con su farmacéutico. El problema que tienen los críticos de arte para proteger su precio es que cualquiera puede establecer un juicio estético. A lo largo de la historia se han intentado varios procedimientos para mantener alejados a los legos que, impertinentemente, establecían sus juicios estéticos. Por ello, los críticos se han servido de sofisticados conocimientos que provienen de la filosofía, la geometría, la técnica artística o la teología, configurando una jerga propia con el nombre de teoría de la estética. Esto de las jergas propias es común a todas las profesiones bien pagadas. Existe además una regla de oro que dice que cuando más incomprensible sea la jerga mejor pagada está la profesión. (Es por esto que los

médicos utilizan caligrafías ilegibles en sus recetas.)

Los críticos de arte, a lo largo de los siglos, iban venciendo batallas y los individuos abrumados por los vastos saberes de estos profesionales se rindieron y acudían sumisos a disfrutar, compartir y consumir la visión del arte presentada por los críticos en museos y galerías. Sin embargo, el *me gusta o no me gusta* proferido cotidianamente por el más lego de los mortales es un peligro constante y latente y una verdadera bomba en la línea de flotación del prestigio y —por ende de los ingresos— de los críticos. Para superar la debilidad intrínseca de la profesión por protergerse, y aunque la irrupción del arte no figurativo evitaba la incómoda situación que representaba para los críticos la posibilidad de hacer depender el juicio estético del parecido de la obra de arte con el objeto representado, a lo largo del siglo XX, se han incorporado a la crítica otros conocimientos originarios de la sociología, del urbanismo, de la historia del arte, de la psicología e incluso de la economía.

Pero hete aquí que M^o Consuelo Reyna, saltándose todas las carreras, cursillos y seminarios que han tenido que soportar los críticos de arte e incluso obviándose los rollos que éstos han aguantado en discursos de colegas consagrados, de leer los textos incomprensibles de los últimos teóricos, de observar y analizar las últimas tendencias del arte león, lanza el fatídico misil *no me gusta Sanleón*, y remueve las conciencias de aquellos que, secretamente, a pesar de la sutil seducción de los críticos, seguían viendo un deformado banco urbano enrollado en cables de acero.

Corría el año 79 y yo, de niño jugaba, en la galería del tristemente fallecido Pascual Lucas en Gandia, con sus hijos Vicente y Pascual. De Pascual Lucas aprendía cuáles son los costes de la honesta independencia en tiempos de mercadeo de capillas, a sus hijos les enseñé excelentemente el oficio de galerista, a lo dos o tres burgueses ilustrados de Gandia les mostré Tapies, Will Faber, Semper, Orlach, Clavé entre otros y a sus faraónicas *vernissages* —faraónicas no por el lujo oriental de sus ágapes, sin porque se presentaban en un desierto— acudía también de vez en cuando M^o Consuelo Reyna y entonces circunspeta, parecía compartir los criterios de Aguilera Corni, Garnería o Juan Ángel Blasco. Hoy se lanza a la aventura y se erige en protectora de la armonía y la estética urbana.

Recomiendo a Juan Ángel Blasco Carrascosa, presidente de los críticos valencianos, por la estabilidad de la profesión, que si los juicios estéticos colectivos para esta ciudad van a depender del juicio de M^o Consuelo Reyna, al menos la obliguen a presentar los certificados de asistencia de los 233 cursillos en universidades de verano que se programan sobre temas afines este año. De otra forma se puede echar por tierra los esfuerzos de más de 20 siglos por consolidar la profesión.

* Universitat de València.

El primer poder



La retirada de una escultura de un espacio público de la ciudad de Valencia por, según se deduce y se afirma, instigación de una campaña de prensa (imaginen qué diario puede haberla orquestado) podría llevarnos a pensar que es, la prensa, no ya el cuarto poder sino el primero y

principal. Está, nos preguntamos, el periódico de marras, es decir, de tiempo pasado, consabido y decano, al servicio del poder político-económico, o es el gobierno en funciones (tras o siete años a un, veremos, que el propio Zaplana no se lo da más largo), digo si no será este Gobierno quien está a lo que mande el boletín gubernamental diario. El rotativo más antiguo de la ciudad, ¡y tanto!, se ha hecho portavoz, que ya es atribuirse funciones de vocero, de unas presuntas, nada documentadas, quejas vecinales sobre la, así la califican en sus páginas, «monstruosidad» de la escultura. El término *monstruo* lo utilizan tanto para elogiar y homenajear (el monstruo JI, p.e.) como para, en casos, descalificar, según les viene. Me temo que la redacción —ese tipo de noticias salen de la redacción— tiene algunos problemas semánticos y de estilo. Califican la escultura de «modernista». ¿*Modern Style, Art Nouveau, o modern?* En la última reunión de la Asociación Valenciana de Críticos de Arte, a propósito precisamente de los continuos actos de censura y otras tropelías cometidas contra el arte últimamente por los incompetentes autoridades locales, bendecidas si no conducidas por el citado periódico, se planteó el tema de si estos temas debían airearse en la prensa. Y tanto. Otra cuestión es que cierta prensa manipule la opinión de los lectores y tenga poder —no el cuarto, el primero de todos— sobre los gestores políticos, como el diario ayudado. Por cierto, en la encuesta publicada por Levante-EMV el pasado sábado sobre el caso Sanleón, el de la escultura en cuestión, el colaborador del mismo LP Manuel Muñoz, vicepresidente de la AVCA, sí que daba la cara y se mojaba en el tema; mi solidaridad y respeto por ello. Ya le dije yo mismo, al amigo Manolo, que vivimos en un permanente estado de excepción. Y que quienes están cerca del poder, el político y el mediático, y tienen conciencia de lo que es la cultura, la libertad de creación, la convivencia entre los ciudadanos y las diferentes expresiones ideológicas y artísticas tendrían que hacer algo al respecto. El mismo. Como otros/as lo están haciendo sobre el tema de la semana; el último, hasta la fecha. Consuelo Ciscar, Marcela Miró... Y siguen las polémicas.